—No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mía.

Don Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

—¡Qué día! ¡qué día! Es el más feliz de mi vida...

CAPILLA ALFONSINA

XVII

A saco

El pueblo de México no podía soportar por más tiempo aquellas circunstancias, y á pesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron á levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo «pan».

Los primeros días se le pudo engañar; pero después no fué posible, y se recurrió á uno de los medios más reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares había depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas ó por algunos oficiales superiores.

En la época en que va pasando ya nuestra historia, estas escenas de desorden eran muy frecuentes.

Don Plácido salió del mesón, y se dirigió á la casa de don Juan, con ánimo de llevar de allí ropa y todo lo necesario, para que Margarita y su hija pudieran salir á la calle.

Pensaba después marchar á Santiago á dar la buena noticia á Caralmuro.

Distraído con estos pensamientos, no había notado que el coche, al acercarse á la casa, había comenzado á caminar más despacio por la inmensa muchedumbre que llenaba la calle, hasta que por fin se detuvo, sin poder avanzar ni retroceder.

Entonces don Plácido volvió en sí de su meditación, y observó lo que pasaba.

—¿Qué hay? preguntó.

—Señor, dijo el lacayo que estaba ya á la portezuela; no se puede seguir adelante.

—¿Por qué?

—No sé; pero hay tanta gente en la calle, que sólo á pie se podrá llegar á la casa.

—Es extraño: ¿qué será? Abre.

El lacayo abrió la puerta del carruaje, y don Plácido descendió.

La muchedumbre llenaba la calle desde una acera hasta la otra: había un verdadero tumulto; aquellas olas hacían una especie de flujo y reflujo, entre el cual de cuando en cuando se notaban movimientos extraordinarios, como de repulsión y atracción.

CAPILLA ALFONSINA

Allí había hombres y mujeres de lo más bajo de los barrios, de la clase más infeliz de la sociedad; allí estaban los trajes desgarrados, incomprensibles, indescriptibles, incopiables; fisonomías patibularias y sombrías; figuras y rasgos que parecían no haber sido bañados nunca por la luz del sol; muchachos que parecían haber brotado entre las sombras y con la humedad de los sótanos ó de los subterráneos; y se impulsaban unos á los otros, y se agrupaban y se estrechaban hasta formar como una mazorca humana, hasta que un movimiento que venía del centro, los rechazaba y los desunía.

Sólo en estos momentos era posible penetrar allí, porque pasada esta ondulación, ni el viento habría podido cruzar entre aquellos cuerpos, que no formaban más que uno solo.

Don Plácido sintió en el corazón una especie de presentimiento siniestro, y se lanzó con la cabeza agachada entre la multitud, para atravesarla.

A fuerza de luchar, rechazando al uno, apoyándose en otro, derribando al de más allá, y siempre seguido de maldiciones, de injurias y de denuestos, con la ropa hecha pedazos, sudando y fatigado, llegó hasta frente á la casa, levantó la cara y lanzó un grito.

La casa había sido allanada, y la multitud la invadía.

La gente entraba y salía como un cordón de hormigas, sacando siempre alguna cosa. Era que se apodera-

ban de todas las provisiones que había en la despensa de la casa de Caralmuro.

Don Plácido entró sin vacilar en el fondo. Unos hombres, con el mayor orden, repartían al pueblo cuanto encontraban: se había reglamentado el saqueo.

Ciego de cólera el viejo soldado de la independencia, se lanzó sobre aquellos que con tanta sangre fría ocupaban la propiedad ajena.

—¿Y quién les ha dicho á ustedes que han de venir á mi casa á robar?

—Mire usted lo que dice, dijo uno de ellos. Nos está usted faltando sin darle motivo.

—Pues qué, ¿les parece poco venir á saquear una casa?

—Esto no es saqueo, dijo otro. Venimos aquí por orden del general...

—¿De qué general?

—Del general Márquez.

—¡Mentira! porque he ido yo esta mañana á verle, llevándole diez mil pesos, que aquí está el recibo; y no podía mandarme catear hoy. Ya verán ustedes con él.

Los hombres habían comenzado á espantarse, y abandonaban ya aun los restos de provisiones que tenían en la mano; las gentes del pueblo se detenían, esperando el resultado de aquella escena. Todo anunciaba que la energía de don Plácido iba á triunfar sobre la malevolencia

CAPILLA ALFONSINA

de los agentes de policía, cuando otros dos agentes aparecieron en la escena.

—¡Qué caso le hacen ustedes á este hombre! dijo uno. Ni esta es su casa, ni tiene que ver aquí.

—¿No es mi casa? dijo con furor don Plácido.

—No es su casa de usted, y usted no quiere más que proteger á estos ricos que han escondido todas las provisiones para matar de hambre al pueblo y ayudar á los chinacos.

—¿Qué dice usted? gritó don Plácido.

—La verdad, que usted no es más que un entrometido, adulador de los ricos...

No había concluído aún el esbirro su frase, cuando ya don Plácido le había echado por tierra de un puñetazo. Entonces los otros se lanzaron sobre él, esgrimiendo los marrazos que traían ocultos debajo de sus zarapes. Don Plácido retrocedió, y se apoderó de una silla.

El combate era desigual; pero los policías estaban acobardados, y don Plácido ciego de furor.

La silla se hizo pedazos, pero otro policía vino al suelo; y el viejo hizo un arma de los fragmentos y cerró contra sus enemigos.

Don Plácido vió á poca distancia el marrazo de uno de los heridos, y se apoderó de él. Esta fué la señal de la fuga de los demás esbirros.

El público veía aquel combate como si asistiera á una

corrida de toros, y la fuga de la policía fué acogida con una salva de silbidos estrepitosa.

Don Plácido, encarnizado, perseguía entre la multitud á sus enemigos, cuando un soberbio garrotazo aplicado en la cabeza, le hizo caer sin sentido.

Los fugitivos tuvieron el triunfo por suyo, y antes de volver en sí, ya don Plácido estaba desarmado y atado.

A esta sazón, un jefe se presentó en la casa, é informado de lo que pasaba, hizo traer una fuerza, mandó retirar á la gente, y conducir en unas camillas á la Diputación, á don Plácido y á dos policías que habían resultado heridos.

Leonor y Salvadora, refugiadas en la pieza más apartada, habían escuchado el rumor espantoso del tumulto, los gritos de la multitud y los golpes que daban para forzar las puertas de la casa; después el silencio que reinó durante la riña de don Plácido con la policía, los gritos y los silbidos; y por último, el murmullo del pueblo que se retiraba, y el ruido del zaguán al cerrarse.

Pasó algún tiempo: todo parecía haberse calmado; pero aún no se atrevían á salir de su encierro. Al fin oyeron llamar á la puerta.

—¿Qué hay? dijo Leonor.

—Señorita, que todos se han ido ya.

—¿Se fueron?

—Sí; pero ha sucedido una desgracia: se llevan al

señor don Plácido en una camilla porque le han lastimado.

—¿Pero cómo? dijo Leonor saliendo.

La criada le contó cuanto había ocurrido.

Leonor se quedaba enteramente sola; don Juan preso, porque ella al fin había llegado á saberlo, y don Plácido herido y preso también. Tembló al pensar que estaba casi á disposición de doña Salvadora; y entonces le ocurrió, como única esperanza, escribir lo acontecido á Mondragón, suplicándole fuese á acompañarla. Le puso una carta, y el lacayo salió violentamente á llevarla.

Doña Salvadora, atarantada con aquellos acontecimientos, en lo menos que pensaba era en abusar de su posición; y que en obsequio de la verdad, aquella mujer no era tan mala.

Cuando don Plácido comenzó á reñir con los policías, don Celso, mezclado entre la multitud, lo observaba; vió la derrota de los suyos, y mandó aquel auxilio, que bien aleccionado, precipitó el lance.

Valdespino no abandonó la casa hasta que vió salir la camilla que llevaba á don Plácido.

—Enemigo menos, decía metiéndose las manos en los bolsillos; esto marcha bien.

De repente pasó á su lado un muchacho con un gran canasto de provisiones de las tomadas en la casa.

—¡Cacomixtle! exclamó don Celso.

Cacomixtle volvió el rostro y lo conoció. Valdespino extendió la mano para cogerle; pero el chico desapareció entre la multitud, escurriéndose como una anguila; y cuando don Celso quiso perseguirle, no pudo ver siquiera el rumbo que había tomado.

CAPILLA ALFONSINA

XVIII

La llave de un secreto

En la casa de Inés todo caminaba, como se dice vulgarmente, «á pedir de boca», Pablo, más bueno y más amoroso cada día; Inés más contenta, y Feliciana más satisfecha.

Pablo era rico, y el sitio le encontró prevenido. Si no hubiera pensado más que en él, quizá no se habría acordado de nada; pero pensaba en su Inés, y esto le volvió precavido.

En todas las casas que visitaba, veía el afán de las familias para reunir víveres, y el temor á las escaseces del sitio; y consideró que Inés era pobre, que no podía hacer acopio de nada, y comprendió lo que se le esperaba. Por eso el día menos pensado Feliciana vió entrar en su casa al criado de confianza de Pablo, seguido de cuatro carga-